

INTELIGENCIA, INTELIGENCIA EMOCIONAL Y ESPIRITUALIDAD. UNA REFLEXIÓN DESDE LA PSICOLOGÍA HUMANISTA.

Dr. Jesús Dueñas Becerra, Profesor-asesor y periodista. Hospital Psiquiátrico de La Habana.

RESUMEN

En este artículo, se definen –desde la vertiente conceptual- los términos *inteligencia*, *inteligencia emocional* y *espiritualidad*, como premisa indispensable para poder establecer la relación íntima y estrecha, que los identifica y caracteriza en el contexto de la Psicología Humanista.

Palabras clave: Inteligencia, Inteligencia Emocional, Espiritualidad, Psicología Humanista y Funciones Psíquicas Superiores.

ABSTRACT

In this article, the terms *intelligence*, *emotional intelligence* and *spirituality* are defined –from the conceptual point of view– as indispensable premise in order to establish the intimate and close relationship which characterises them in the context of Humanist Psychology.

Keywords: Intelligence, Emotional Intelligence, Spirituality, Humanist Psychology and Higher Psychic Functions.

*“Sobre la tierra no hay más que un poder definitivo:
la inteligencia humana”.*

José Martí.

No es posible, en modo alguno, establecer la relación entre *inteligencia*, *inteligencia emocional* y *espiritualidad* sin antes definir dichos términos, y explicar –a vuelo rasante- la función que desempeñan en el contexto de la Psicología Humanista.

La inteligencia, junto con la memoria, el aprendizaje, la vigilancia y las habilidades (Fabelo, González, Dueñas y Rivero, 1995), forma parte de la esfera cognoscitiva (del latín *cognoscere* / conocer), uno de los componentes esenciales sobre los cuales se estructura la personalidad humana (Lersch, 1974). Desde la vertiente conceptual, se percibe “como la capacidad de adaptar el pensamiento a las necesidades del momento presente” (García Hernández, 1999). Con otras palabras, la inteligencia no es más que la capacidad global que posee la persona, para resolver los problemas de diversa índole que la vida le plantea al hombre en su contexto existencial, mientras que la inteligencia emocional “nos permite tomar conciencia de nuestras emociones, comprender los sentimientos de los demás, tolerar las presiones y frustraciones que soportamos en el trabajo” (Goleman, 1996). Y desde otra óptica, “acentuar nuestra capacidad (para) trabajar en equipo y adoptar una actitud (...)

(solidaria), que nos brindará más posibilidades de desarrollo personal y espiritual” (Goleman, 1996). Según mi apreciación, la inteligencia emocional no es otra cosa que el arte de poner nuestras reacciones emocionales en función de la optimización de la relación con el *otro* o *no yo*. La espiritualidad “es el mundo de los valores que nos hacen encontrar un sentido a la vida; sentido que nadie nos puede ofrecer –mucho menos imponer- (...) (porque) debemos encontrarlo nosotros mismos (Rodríguez, 1999). O “el conjunto de acciones que el hombre realiza y que le dan sentido a su vida” (García Hernández, 1996). Al respecto, el Dr. Armando Hart, Director de la Oficina Nacional del Programa Martiano, estima que “no hay –ni puede haber- civilización ni humanidad, en el sentido moderno de la expresión, sin vida espiritual” (Dueñas, Pardillo y Fernández, 2002).

Ahora bien, habría que precisar el hecho de que la Espiritualidad, *non plus ultra* en lo que al mundo subjetivo del hombre se refiere, acepta que sus bases teórico-conceptuales se localizan en el campo de la ciencia psicológica (García Hernández, 1999), y que esta es a la Espiritualidad lo que las neurociencias a la Psicología: su *fundamento científico-metodológico inobjetable* (Dueñas, 2000).

Por otra parte, inteligencia no es, necesariamente, sinónimo de *sapientia*, porque la sabiduría no está en los muchos libros leídos o aprendidos de memoria, sino en la carga de humanidad y espiritualidad que la lectura va dejando, y que nos hace *mejores personas*. Identificar el término inteligencia con el nivel de conocimientos humanos (cultura) que posee una persona es, sin ningún género de duda, limitar su verdadero significado, ancho y lejano, a una sola arista del problema, que desde épocas pretéritas es objeto de estudio por parte de las ciencias médicas, psicológicas y pedagógicas (García Herrera, 1951; Dueñas, Fuillerat y García, 1988).

Desde el momento mismo en que la Psicología se independizara gradual y progresivamente de la Filosofía ("ciencia madre"), y se convirtiera, por derecho propio, en la ciencia que estudia las leyes, categorías y principios sobre los cuales se estructura la vida psíquica y espiritual de la persona humana (García Hernández, 1999), algunos autores han sustentado la opinión de que la inteligencia es *innata* (García Herrera, 1951), o sea, que nace con la persona, mientras que otros han defendido la tesis de que la inteligencia es *adquirida* (García Herrera, 1951), como resultado del aprendizaje (en su acepción más amplia). Si bien no es mi objetivo intervenir en esa controversia estéril, no es menos cierto, que con el desarrollo actual de la *computación* y de los denominados *sistemas de inteligencia artificial* (por citar sólo dos ejemplos relevantes), el problema fundamental no se halla, pues, en "descubrir" de qué lado está la razón, sino en establecer cómo interactúan los factores genéticos y ambientales en el complejo proceso de edificación de las bases biosociales del intelecto humano.

Por otro lado, los representantes de la *corriente localizacionista* en el campo de la Neurología han tratado de vincular no sólo la inteligencia, sino también otras funciones psíquicas superiores, con determinadas estructuras cerebrales (Luria, 1977), mientras que los defensores de la *corriente antilocalizacionista* han rechazado toda posibilidad de asociación o relación causal *estructuras encefálicas-inteligencia* (Luria, 1977). Desde una óptica caracterizada, básicamente, por la *objetividad* (requisito *sine qua non* del conocimiento científico), la inteligencia no puede estar "esclavizada" a estructura cerebral alguna, como tampoco puede ser concebida su existencia extracerebral. Al respecto, considero mucho más coherente la teoría neuropsicológica elaborada por A.R. Luria (1977), y basada en la "localización dinámica" de las funciones psíquicas superiores en el cerebro humano. De acuerdo con esta concepción, la inteligencia no estaría "encadenada" a ninguna estructura encefálica específica, pero sí se encontraría presente, con mayor o menor grado de compromiso funcional, en todas y cada una de las estructuras cerebrales del *homo sapiens*.

Desde principios del siglo XX, los psicólogos han diseñado infinidad de pruebas para "medir" la inteligencia humana (Anastasi, 1971). Y desde los puntos de vista cuanti y cualitativo, determinar la supuesta normalidad o no de las personas a quienes se les aplican dichas pruebas, las cuales desempeñan una función nada despreciable en la *evaluación psicológica integral* a personas "sanas" o enfermas. No obstante, se debe ser en extremo cuidadoso con la utilización de estos instrumentos diagnósticos, y por consiguiente, *no absolutizar sus resultados*, expresados numéricamente e indicadores del cociente intelectual (CI), sin antes confrontarlos con la realidad, con la *vida misma*, que es –sin discusión alguna– la *única prueba verdaderamente infalible*.

Conforme con el Dr. David Goleman (1996), psicólogo y periodista que atiende la sección científica del *New York Times*, la inteligencia emocional es mucho más importante que el cociente intelectual. Y se estructura sobre la base de lo que él denomina *cerebro emocional*, o sea, el *substrato anatomoneurofisiológico* de las emociones humanas, vehículo idóneo utilizado por la esfera afectiva para expresar lo que el hombre siente, tanto objetiva como subjetivamente. La persona con inteligencia emocional asume una actitud positiva ante la vida, convierte el revés en victoria, tiene fe en sí misma y en los demás y no apaga las luces de la esperanza, porque quiere ver el amanecer. La persona con inteligencia emocional se conoce a sí misma, sabe colocarse en el lugar de su interlocutor, resuelve conflictos en vez de provocarlos, entabla magníficas relaciones con el prójimo y es una verdadera experta en el difícil y complejo arte de las relaciones sociales. Y por otra parte, ha aprendido a reconocer, elaborar y aprovechar sus sentimientos, a establecer empatía y enfrentarse a los sentimientos ajenos que surgen en el seno de las relaciones interpersonales y sociales (Goleman, 1996).

Después de este necesario esbozo histórico y teórico-metodológico, veamos cómo convergen, en una persona humana concreta, inteligencia, inteligencia emocional y espiritualidad, fundidas en cálido abrazo.

Una persona inteligente (tanto desde el punto de vista emocional como de su cociente intelectual), vive intensa y plenamente su espiritualidad. Y si bien no es imparcial, está en la obligación ética de ser objetiva (Dueñas, 2002).

"No se deja ('programar' o) atar a un plan preconcebido,

Toma las cosas como vienen,

No siente remordimientos por el pasado,

Ni ansiedad por el futuro,

Se va cuando la echan,

Y viene cuando la llaman (...),

Ama por igual a toda la creación,

*Porque el cielo y la tierra
Son iguales para todos*" (Mello, 1994).

No quisiera finalizar sin antes advertir, que esta breve reflexión acerca de la inteligencia, la inteligencia emocional y la espiritualidad no

pretende, nada más lejos de la realidad ni de mi verdadera intención, agotar dicha línea temática, pero sí contribuir, en la medida de lo posible, a *enriquecer nuestro permanente proceso de crecimiento humano y espiritual.*
¡Qué así sea!

REFERENCIAS

- Anastasi, A. (1971): "Tests de inteligencia general". En: **Tests psicológicos**. La Habana: Editorial R.
- Dueñas, J. (2000): "¿Psicoanalista ortodoxo o humanista? Una opinión muy personal". **Rev. Hosp. Psiquiat. Hab.** 41 (1), 17-22.
- Dueñas, J. (2002): "Psicología y Periodismo". **Rev. Cub. Psicol.** 19 (2), 160-3.
- Dueñas, J., R. Fuillerat y L. García (1988): "Psicopedagogía y retraso mental". **Bol. Psicol.** 11 (2), 21-8.
- Dueñas, J. J. Pardiño y P. Fernández. (2002): "Rorschach, Personalidad y Espiritualidad". **Rev. Cub. Psicol.** 19 (3), 209-11.
- Fabelo, R., S. González, J. Dueñas y L. Rivero (1995): **Epilepsia y funciones psíquicas superiores**. La Habana: VII Congreso Panamericano de Epileptología (tema en cartel).
- García Hernández, M. (1996): "Introducción a la espiritualidad cubana". **Vivarium**. XIV, 5.
- García Hernández, M. (1999): **Psicología de la experiencia religiosa**. Santo Domingo, R.D.: Editorial de Espiritualidad del Caribe, 17.
- García Herrera, A (1951): **Psicología Pedagógica**. 4ta. ed. La Habana: Editorial Cultural, S.A.
- Goleman, D. (1996): **Inteligencia emocional**. Barcelona: Editorial Kairós, 185.
- Lersch, Ph. (1974): **La estructura de la personalidad**. Barcelona: Editorial *Scientia*.
- Luria, A.R. (1977): **Las funciones corticales superiores del hombre**. La Habana: Editorial Orbe.
- Mello, A. de (1994): "La iluminación es la espiritualidad". **Llama Viva**. 3, 8-10.
- Rodríguez, J.M. (1999): "Una espiritualidad como antídoto para nuestros males". **Ethos**. 4 (14), 1